



## UN HOMBRE DE LA REVOLUCIÓN: ISIDRO FABELA

POR EL PROF. JESÚS ROMERO FLORES,  
(*diputado constituyente 1916-1917. Historiador*)

Dos grandes amigos míos —me refiero a Mariano Silva y Aceves y a Luis Castillo Ledón— fueron quienes primeramente me hablaron de Isidro Fabela, encomiando, como es de suponer, las grandes cualidades intelectuales y las virtudes humanas de este gran mexicano.

Corrían los primeros años de la actual centuria. Mariano fue mi coterráneo y había sido mi *compañero de estudios* en los colegios de Morelia; en busca de más amplios horizontes había llegado a la ciudad de México, inscribiéndose en la Escuela de Jurisprudencia; su talento y los latines aprendidos en la provincia hicieron de él un distinguido filólogo y cuando se organizó el Ateneo de la Juventud formó parte de él, con aquel brillante grupo de estudiosos en el que figuraban Antonio Caso, Alfonso Reyes, Carlos González Peña, Martín Luis Guzmán y aquel dominicano ilustre tan querido de todos, Pedro Henríquez Ureña. En el Ateneo, y tal vez en Jurisprudencia, conoció Marianito a Fabela; pues aunque no fueron compañeros en los cursos (Fabela salía en 1908 y Mariano estudiaba todavía el segundo o tercer año de *Leyes*) sí eran amigos y ateneístas ambos.

Por cuanto ve a Luis Castillo Ledón, yo conocí a este discreto historiador e insuperable biógrafo de Hidalgo en la ciudad de Guadalajara, en las oficinas de la *Gaceta* que publicaban Luis Manuel Rojas y don Trinidad Alamillo; Castillo y yo hacíamos, en aquellos años de 1903, nuestras primeras armas en el campo del periodismo y lanzaba sus prístinos cantos nuestra incipiente *musa lírica*.

En el mismo año que Silva y Aceves, llegó Castillo Ledón a esta pecadora ciudad de México; tal vez por 1906; yo llegué más tarde, en el de 1912 y desde luego fui a buscar a los dos viejos amigos para pedirles orientación y guía; a ambos encontré, y omito decir la sabrosa plática y las atinadas referencias que ambos me daban de quienes entonces sobresalían en el cultivo de la bella literatura, que era nuestra pasión favorita.

De Fabela se hablaba con respeto y cariño. Empezó su vida literaria, como todos los jóvenes, cultivando el género lírico sentimental; eran los tiempos en los que se iniciaba —el “modernismo” con un sabor romántico todavía—. Fabela entró con pie derecho al palacio de las letras; pues uno de sus cuentos obtuvo el primer premio en uno de aquellos sonados concursos de la revista *El Mundo Ilustrado* en el año de 1906. Más tarde dejó el camino de este género literario por el de los estudios serios de Derecho Internacional, la Historia y la Política.

Cuando yo llegué a México no tuve el gusto de ser presentado al licenciado Fabela; por más que mis amigos así lo deseaban; él estaba en aquellos meses, de septiembre a diciembre de 1912, demasiado ocupado en sus labores parlamentarias, pues era diputado a la XXVI Legislatura, la *maderista*, que ha pasado a la Historia parlamentaria de México como una de las más brillantes.

El licenciado Isidro Fabela era del grupo llamado “Renovador”; era un revolucionario de firmes convicciones; pero sereno, sin exaltaciones demagógicas; antes razonador y sensato que dejado llevar por raptos de vehemencia, tan comunes en los jóvenes en los días de la pasión revolucionaria: él tenía apenas treinta años.

La personalidad de Isidro Fabela —éste sembrador de amistades— habrá de apasionar al biógrafo que la estudie profundamente; hay en ella todas las características de un hombre al servicio de los más altos ideales humanos, principiando por los grandes intereses de su patria; como literato supo interpretar el más hondo sentimiento del pueblo campesino, entre el cual convivió en los primeros lustros de su vida; como político llevó a la representación nacional los justos anhelos de un pueblo aherrojado por la tiranía de muchos años; como Ministro de Relaciones Exteriores defendió la dignidad de México y sostuvo la neutralidad de su patria en momentos terribles para el mundo; como diplomático representó con decoro a la nación mexicana y por él nuestro país fue objeto de

las distinciones que merece; como gobernante hizo todo el bien posible a un pueblo que tuvo confianza en él y a quien no defraudó un ápice; como intelectual, como ciudadano y como amigo ha sido fiel servidor de su patria y miembro distinguido del género humano.

Necia pretensión de mi parte sería tratar de reducir a los límites de un modesto artículo el vasto contenido de una vida consagrada día a día, momento a momento, al servicio de su patria. No lo intento siquiera; bástame expresar la sincera impresión que su vida y su trato han despertado en mi espíritu.

Muchos años más tarde de aquellos en los que mis amigos Silva y Aceves y Castillo Ledón deseaban presentarme con el licenciado Fabela, fue cuando tuve el gusto de estrechar su mano. Fue en el Museo Nacional y por el mismo Castillo Ledón, que era en el año de 1935 director de esa importante institución; se encontraba presente otro noble y generoso amigo, el poeta y diplomático José de J. Núñez y Domínguez; se preparaba el viaje a la ciudad de Mérida de Yucatán, en donde debería celebrarse el Segundo Congreso Mexicano de Historia, organizado por el poeta Luis Rosado Vega y por el historiador Rubio Mañé; grande animación había entre todos los historiadores y literatos que habrían de concurrir a tan importante asamblea. El señor presidente Cárdenas puso a disposición de los congresistas el cañonero nacional "Nicolás Bravo", que hacía uno de sus últimos viajes por las aguas del Golgo de México.

El día señalado para la partida nos encontramos en el puerto de Veracruz, y a bordo del "Nicolás Bravo" un gran número de amigos, algunos conocidos, y otras personas con quienes íbamos, por primera vez, a trabar conocimiento.

Nada hay como un viaje que dura varios días para aquilatar el mérito de las personas, la finura y decencia de su trato; en aquella excursión de más de diez días tuve el gusto de tratar al licenciado Fabela, escuchar su conversación y oírle relatar algunos de los episodios históricos de la revolución en los que él tomó parte muy importante. Con él y otras personas igualmente distinguidas y cultas hicimos un viaje de estudio a las ruinas de Chichén-Itzá, atendidos por aquel gran mayista norteamericano Sylvanus Morley, de grata memoria.

¡Que conjunto tan selecto de historiadores estuvieron reunidos

en Mérida en el mes de noviembre de 1935! Isidro Fabela, que llevó a aquella asamblea las primicias de su importante estudio sobre "Belice"; el ingeniero don Vito Alessio Robles, el etnólogo Miguel Othón de Mendizábal, el historiador Jiménez Moreno, el folklorista Rubén M. Campos, el historiador de la conquista de Jalisco José López Portillo y Weber, el historiador de Chiapas y Veracruz, doctor Manuel B. Trens, el licenciado Manuel Aguirre Berlanga, los poetas Núñez y Domínguez y Antonio Mediz Bolio, los historiadores Alfonso Toro y Fulgencio Vargas y muchos otros: historiadores, literatos, arqueólogos, etnólogos, poetas y artistas, que participaron en aquella asamblea.

Entre todos, justo es confesarlo, descollaba la prócer figura del licenciado Fabela; todos lo admirábamos y nos sentíamos honrados y satisfechos de que un hombre como él compartiera con nosotros las actividades de la investigación, discusión y exposición de los diversos temas de la historia nacional.

De mí sé decir, que busqué la amistad y compañía del antiguo secretario de Relaciones del primer jefe don Venustiano Carranza. Me preparaba yo a escribir los *Anales Históricos de la Revolución Mexicana* que años más tarde publicó en cuatro tomos el diario *El Nacional* y me interesaba escuchar de los labios de los hombres que tomaron parte muy principal en las jornadas constitucionalistas, cuanto para mí constituyera una enseñanza, un dato o un detalle cualquiera que afirmara mis conocimientos sobre la Revolución y sus hombres.

He sido un enamorado de los principios revolucionarios y desde el año de 1908 un grupo de piedadenses fuimos reyistas, luego simpatizadores del Partido Democrático y en 1910 antirreeleccionistas; con el licenciado Rafael Reyes, el ingeniero Vicente Gutiérrez y el doctor Próspero Herrera y otros muchos, fundamos clubes y periódicos en mi ciudad natal (La Piedad Cabadas). Sostuvimos en mi periódico *Don Quijote* la campaña del Partido Liberal Silvestra, hasta el triunfo de aquel gran ciudadano (doctor Miguel Silva) para el gobierno de Michoacán y del licenciado Reyes para el Congreso de la Unión. La sublevación del cuartelazo de la Ciudadela, el crimen de Huerta y la destrucción del régimen maderista me conmovieron profundamente. Estuve a punto de ser fusilado por el general Jesús Garza González y fui desterrado de mi Estado na-

tal. Después me incorporé a las fuerzas del general Gertrudis G. Sánchez.

Digo todo lo anterior, no con un vano afán de autobiografiarme, sino para que se comprenda la admiración que sentí por todos aquellos hombres que se lanzaron a la Revolución al grito de Carranza, dado con el *Plan de Guadalupe*. Admirábamos a quienes realizaban aquellos actos nobles y valientes que nosotros debimos también ejecutar.

Pero si eran objeto de mi admiración aquellos aguerridos campesinos que formaban las huestes de Lucio Blanco, de Pablo González, de Pánfilo Natera y de tantos otros campeones, esa misma admiración subía de punto cuando sabía que elementos intelectuales, a quienes yo había conocido en la XXVI Legislatura, ahora estaban al lado del señor Carranza, en el campo de la lucha, desafiando mil peligros; ellos que no estaban acostumbrados a la vida de campaña, que podían haber permanecido en su casa, tal vez en espera de que la situación militar pudiera resolverse, ellos, repito, se encontraban en primera línea, erguidos y valientes cumpliendo con el deber que todo buen mexicano tiene obligación de cumplir en los momentos más trascendentales para los intereses de nuestra patria.

Al lado del primer jefe don Venustiano Carranza se encontraban mi amigo el poeta y abogado guanajuatense Ramón Frausto, el doctor José María Rodríguez, el diputado Carlos M. Esquerro, a quien después traté mucho en el Constituyente; el licenciado Rafael Zubaran, y tantos y tantos otros, y, entre ellos el diputado *renovador* y literato, licenciado don Isidro Fabela, el amigo de mis amigos Silva y Aceves y Castillo Ledón.

Si antes había admirado al escritor, al diputado, al hombre inteligente y letrado, entonces admiré al intelectual valiente, al patriota abnegado; al mexicano que sabe serlo a la hora que su patria lo necesita; no al que se suma al carro del triunfo para obtener vítores y puestos públicos, sino al que sabe servir en el momento en que es necesario servir.

¡Qué gran ejemplo de patriotismo y de hombría dieron Isidro Fabela y Martín Luis Guzmán a todos los intelectuales de su época, principalmente a sus compañeros de Ateneo! Mientras unos intelectuales se sumaban pasivamente al carro de la usurpación y otros adulaban y hacían carantoñas a los tiranos, muy pocos cumplían con el gran deber cívico de protestar contra los criminales.

A los pocos días de lanzado el "Plan de Guadalupe" abandonó el licenciado Fabela la ciudad de México y se marchó al norte para unirse al primer jefe Carranza; éste, conocedor de sus grandes cualidades y de sus conocimientos en Derecho Internacional, lo designó encargado de la Secretaría de Relaciones en el Primer Gabinete Constitucionalista en agosto del año de 1913: grande y merecido honor, que supo corresponder, avocándose al estudio de los grandes problemas, de los serios conflictos que, con motivo del estado de guerra y del no reconocimiento del constitucionalismo de parte, muy principalmente de los Estados Unidos, cuyo ministro Lane-Wilson había tomado tan criminal participación en el derrocamiento del gobierno legítimo encabezado por el señor Madero.

La dirección de los negocios internacionales tuvo tanto éxito en manos del señor licenciado Isidro Fabela en aquel Primer Gabinete, que mereció que le ratificara su confianza el señor Carranza al organizar el segundo Gabinete a mediados del año de 1914, al entrar a México el ejército Constitucionalista. Aumentaron los problemas de carácter internacional con motivo de la escisión villista, como lo estaban ya por causa de la intervención armada de los Estados Unidos en abril de 1914 y más tarde por la Expedición Punitiva de nuestros vecinos del Norte.

Al patriotismo indoblegable de Carranza se unía el talento e igual patriotismo de su Secretario de Relaciones, el licenciado Fabela. Pudo entonces México dar un ejemplo ante el mundo y muy principalmente ante los países hermanos del nuevo Continente, de lo que es y lo que vale el patriotismo respaldado por la razón y la firmeza de convicciones para hacerlo valer y respetar. Se formuló en aquellos días la "Doctrina Carranza"; se mantuvo la neutralidad de México durante la primera Guerra Mundial y se obligó al gobierno Norte-americano, primero, a retirar sus tropas del puerto de Veracruz y más tarde a que saliera de los Estados del norte la Expedición Punitiva que mandaba el general Pershing.

En los primeros asuntos internacionales con los Estados Unidos tomó parte importantísima el licenciado Fabela, con su carácter de secretario de Relaciones Exteriores. Pero llegó el momento en que sus servicios, con ser muy importantes en México, revestían mayor interés en el extranjero y allá fue, designado por el propio señor Carranza, representante diplomático en diversos países, Francia, Inglaterra, Italia, España, Argentina, Chile, Uruguay, Brasil y Ale-

mania; las naciones más importantes del mundo antiguo y del nuevo Continente fueron visitadas en *misión extraordinaria*, haciendo pertinentes aclaraciones a los gobiernos extranjeros sobre la actitud de México, sobre los justos derechos de nuestro pueblo a reformar su estructura económica, social y jurídica por medio de un movimiento revolucionario.

No fue fácil la labor del licenciado Fabela para contrarrestar la obra funesta de los *huertistas* que, escapados de México y temerosos de los castigos a que eran acreedores, se dedicaban en el extranjero a desprestigiar a la Revolución y a su gobierno por medio de escritos en los periódicos o por otros más eficaces, como lo eran la influencia de los capitalistas extranjeros que tenían intereses en México, intereses ahora amenazados por las leyes agrarias u otras causas. Todos estos problemas, todos estos ataques los resolvió satisfactoriamente el diplomático Fabela, regresando al país, que lo recibía agradecido de su patriótica labor.

Todos los gobiernos mexicanos que han buscado un colaborador patriótico e inteligente para los asuntos internacionales, han tenido que recurrir a los servicios del licenciado Fabela, ya sea para representar al país en reuniones transitorias para estudiar casos internacionales o bien en comisiones permanentes para asuntos de mayor duración.

Cuando decimos *un hombre de la Revolución*, a la mente del vulgo viene luego la figura del charro de gran sombrero, de carrilleras terciadas al pecho, con el rifle en las manos y el gesto airado; sí, ese también era un hombre de la Revolución; el soldado del pueblo que destruyó los regímenes dictatoriales de los generales Porfirio Díaz y Victoriano Huerta; el hombre que demolió con su valor y arrojo los bastiones de la tiranía; *pero el hombre de la Revolución* no fue ese solamente; fue el que supo construir un nuevo régimen de prosperidad sobre las ruinas de un pasado ominoso; el diplomático que hizo respetar y valer nuestros derechos ante todas las naciones del mundo; el educador que sentó las bases de la escuela rural mexicana; el que repartió los ejidos a los campesinos; el que trazó las primeras carreteras, construyó los sistemas de riego, inició los bancos ejidales, organizó a los trabajadores en sindicatos para hacer valer sus derechos; los legisladores del Constituyente y de los Congresos que han reglamentado y hecho factibles las disposiciones constitucionales; los maestros de escuela que llevan

las nuevas doctrinas a la niñez, todos éstos son *los hombres de la Revolución*; los que están siempre atentos a los problemas nacionales y participan en las luchas por el mejoramiento colectivo; todos éstos son hijos de México.

De mi amigo muy estimado dirán con orgullo sus pósteros: *Isidro Fabela era un hombre de la Revolución Mexicana*; y éste será su mejor elogio.